

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## QUIEN Y QUIEN

# POESIA EN DISCOS

La poesía renace constantemente, todos los días, todas las horas, de lo que podrían llamarse sus cenizas: de los libros de versos. Enterrada en los libros de poemas, se libera de los signos gráficos, de las páginas, de las empastaduras, algunas tan duras y tan inútiles, para resurgir tal y como es, bella, inmensamente bella, inasible y renovable hasta el fin de los siglos.

El disco, sin embargo, ha introducido un cambio total en este vivir y sobrevivir de la poesía. Siglos, podría decirse, se han necesitado para que el verso vuelva a su primitiva y saludable forma: la de la expresión verbal. Las artes de la palabra, canto y poesía nacieron habladas, cantadas, no escritas. La escritura viene después. Es el medio de perpetuarla, más allá de la memoria. Pero antes fue la palabra dicha, emitida, resonando en los oídos de los que asistían a esta comunión con el verbo, ahora fuera de iluminados, de profetas, de poetas, o de simples trovadores o declamadores en teatros o plazas públicas. Y es así, en su expresión primera, como ahora vuelve, empleando medios mecánicos. Por medio del disco, de la cinta grabada, hácese ahora la comunicación oral del poeta, del creador, del que clama, canta, distrae, subyuga, mediante la voz y el poema. La poesía ya no irá anquilosada en los libros. Vuelve, felizmente, a su condición de fluido líquido, de emanación comunicable, de vehículo móvil en el tiempo y el espacio.

Y esto, desde luego, hará variar la concepción de poesía pensada-escrita, o para ir en libro, a la poesía creada para ser dicha, para ser oída, con todos sus atributos del nacimiento de la palabra como arte bella. Sería curioso, y algún crítico lo intentará en no lejano futuro, que se analizaran las diferencias entre el poema escrito, decíamos, y la poesía para ser dicha, oída, captada a través de la voz por los oídos de las multitudes. Porque esta es la otra, en el cambio operado de la poesía en discos. Antes se dedicaba el poema a los entendidos, a los aficionados al verso, a las élites, a los iniciados. Ahora se trata, por los discos, de llegar a la masa, y prueba de ello es que uno de los poetas más difundidos en el mundo hispánico es Federico García Lorca, no por sus libros solamente, sino por los discos. Y la poesía anglosajona ya nos tiene ganados muchos cuerpos, en la carrera del cambio de caballo, para los jinetes áureos, o poetas, que deben dejar el pegaso-bagazo-libro y lanzarse al alado universo de los sonidos y la voz, y la comunicación directa.

La Biblioteca del Congreso de Washington, la Universidad Nacional Autónoma de México, son dos instituciones que se han preocupado, la primera, por conservar en sus archivos las voces de los más destacados poetas y prosistas de hispanoamérica, y la segunda por grabaciones en lenguas indígenas de los textos sagrados de mayas y aztecas. Todo el valor so-

noro, solemne y lleno de eternidad, del poema precolumbino, en estos discos de la Universidad Autónoma de Méjico. También en Venezuela ha habido la preocupación de recoger, de labios de los propios campesinos, aquellos poemas y cantos que verbalmente pasaron de generación en generación.

El verso ha vuelto a ser lo que era, a ser música, música habla, plural, mensaje y canto. Vuelve la poesía a lo vivo y esto hará recordar a los poetas que la palabra-canto-poema fue, al principio de la creación literaria, la forma más directa de llegar a las masas, desde los templos, las pirámides, las plazas públicas, los mercados. Torna el verso a su esplendor antiguo, es la poesía oral de antes incrita ahora, en los surcos de los discos, y qué bello pensar en que los discos tienen surcos, y que en esos surcos el poeta derrama sus semillas gloriosas, y de allí van surgiendo, auténticas, las floraciones de la nueva poesía, del verso renovado, de la palabra imagen espejo de la vida, del hombre y la naturaleza. ¡Bienvenidos, por lo tanto, los discos dichos por los poetas!

Miguel Angel ASTURIAS

Premio Nobel

## RUBEN Y BAROJA

# EL RESPETO MUTUO

La cosa le ocurrió a don Pío Baroja, y tiene mucha gracia. El propio Baroja lo explica en sus memorias. Fue en los buenos tiempos de la «vida literaria» madrileña: cuando la gente de letras con residencia en la Villa y Corte, además de redactar versos, novelas o comedias, podía permitirse el lujo de la tertulia mordaz. Los Baroja, por entonces, regentaban una tahona. La fabricación de pan es un negocio como otro cualquiera, desde luego, y perfectamente digno. Pero, desde el sublime punto de vista de un poeta, el hecho de que un novelista ejerciese simultáneamente de «panadero» quizá había de ser un espectáculo irrisorio por necesidad. En todo caso, don Félix García Sarmiento lo creía así. La fofa y vaga humanidad de don Félix procedía de Nicaragua, con empleo y sueldo de diplomático: una sinecura afable, relativamente alejada del trabajo y de la compraventa —en apariencia, al menos. Este García se firmaba Rubén Darío. Rubén no supo aguantarse la impertinencia, y no faltó el correveidile que la llevase hasta Baroja.

—¿Sabe usted lo que dice Rubén Darío de usted?

—No. ¿Qué dice?

—Dice: «Pío Baroja es un escritor de mucha miga. Ya se conoce que es panadero.»

«Panadero» era la palabra clave. La broma descansaba sobre el énfasis idiomático de una denominación de oficio que, por principio, se consideraba subalterno. Pudo ser otra referencia, no importa cuál, aportada con propósito denigratorio. Y personalizada siempre, claro está. Porque éste es el fondo del asunto: centrar la alusión más o menos «individuoamente», se citen nombres o no. La pulla tiene que dirigirse a «alguien».

Don Pío, que fue un tipo singularmente lógico —a su manera, como todo el mundo, pero más—, y que no tenía pelos en la lengua, contestó:

—¡Bah! No me ofende nada. Yo diré de él: «Rubén Darío es un escritor de buena pluma. Ya se conoce que es indio.»

Dejando de lado los escrúpulos «colonialistas», la respuesta es todo un hallazgo. Se trataba de devolver la pelota. Y don Félix García Sarmiento, aproximadamente «indio», recibía la réplica de desprecio que él mismo había provocado. Un «indio» que desdeña a un

«panadero», ¿podría protestar de que le recordasen su condición de «indio»?

Baroja no nos informa acerca de si su definición de Rubén llegó a los ídolos del vate, o no, y tampoco interesa demasiado este detalle. Lo divertido del episodio es que fueron los mismos «mediadores» quienes pusieron el grito en el cielo.

—¡Eso es un insulto!

Su escándalo era lo que los antiguos y doctos moralistas llamaban «escándalo farisaico». O algo todavía peor. Don Pío, con plena y justa inocencia, se limitó a constatar:

—No. ¿Por qué va a ser un insulto?

Aquí acaba la anécdota. Baroja la evocaba desde su ancianidad, ya curado de espantos. «ahora no me choca», escribe; «pero antes me ha chocado que la gente piense que unas personas tengan como el derecho de atacar y satirizar a otras, y los atacados no tengan, a su vez, la libertad de contestarles de la misma o parecida manera. Unos tienen atribuciones para todo, y otros para nada». Era una conclusión límpida y razonable. «Ahora no me choca.» La experiencia le hizo ver que el vicio estaba extrañamente arraigado, incluso «en las mejores familias». Nunca falta un Rubén Darío, sea poeta, filólogo o metafísico, que, al hablar de su vecino, le endilgue una insidia u otra. A veces, es en el calor, o acaloramiento, de una polémica; a menudo, ni siquiera en eso. Uno se está tranquilo en su casa, sin meterse con nadie, y de pronto, abre un libro, y tropieza con un injuria que le va puntualmente dedicada. Si el dardo no es nominal, lo es por «persona interpuesta»: lo mismo da. Y uno se pone, como por «reflejo», al nivel del atacante. No es necesario perder los estribos: los estribos los perdió el otro, por anticipación. Basta con situarse a su nivel. Rotas las «reglas del juego», «arrieros somos...» Baroja sacó sus conclusiones: «A mí me parece muy lógico responder a la acritud con la acritud y a la simpatía con la simpatía.»

Pero me temo que el problema no sea tan sencillo. La «correspondencia» —acritud frente a acritud, simpatía frente a simpatía— no llega a ser convincente, por poco «ético» que sea el planteamiento. Hay «simpatías» que ofenden, y hay «acritudes» que se deben agradecer. No advertirlo ni apreciarlo como conviene es una estupidéz.

Sé, tanto como el que más, que, en muchas ocasiones, no existe otro remedio que «tomar la iniciativa» y proferir «acritudes». En la época de Baroja y Darío, el Madrid literario era un caldo opaco y denso, una estricta confusión, y todo se desvirtuaba en enfrentamientos «personales», o «personalistas». Pero, aun así, el chisme reportado admite una interpretación inequívoca: Darío era el «reaccionario», y Baroja, el «progresista». Al lado de Rubén Darío, cualquiera es progresista: ustedes, yo, don Antonio Machado, y hasta don Francisco Villaespesa, que en paz descanse. Y conste que no digo don Miguel de Unamuno (como tampoco diría el obispo Torras i Bages, para que no se me tome a mal esta forma de señalar con el dedo). Sin embargo, y en última instancia, Baroja y Darío, en aquel momento, sólo «parecían» discrepar en estética y en chocarrerías de café. Más tarde, el panorama cambió. Y volvió a cambiar, más tarde todavía. La «acritud» apenas se practica. Y quizá no por culpa de los interesados. Aquí no se cultiva el panfleto. Una verdadera lástima.

Pero, yendo a lo nuestro, cuando uno toma la iniciativa, ha de aguantar lo que venga en sus correlaciones posibles, dentro de unas tácticas «reglas del juego». No vale alegar: «¡Eso es un insulto!» El otro argüirá, como Baroja: «¿Por qué va a ser un insulto?» Y lo decisivo es que, tras las quisquillosas inferencias de tú a tú, siempre se afina y refina el encuadre básico: unos estamos «acá» y otros están «allá», de cara a una hipótesis de futuro. En tal contexto, el antagonismo se formaliza con todas las de la ley, e incluso fuera de la ley. Cada palo ha de aguantar su vela, y Dios dirá. En materia de ideas, la guerra civil es permanente. Imaginar que todo quede en una simple partida de billar sería pura ingenuidad. Hay que resignarse al chaparrón del oponente. Pero sin quejarse.

Y, por supuesto, permanece en pie el que uno u otro tenga «razón», o «más» razón...

Joan FUSTER

P. S. — Mi distinguido amigo el profesor José Luis L. Aranguren se ha enfadado mucho a raíz de un artículo mío, publicado en estas mismas páginas, acerca de un notable

libro de don Américo Castro. Confieso que he tenido que hacer grandes esfuerzos para privarme del gusto de oponer a su «Sobre qué es historia» un —pongamos— «Historias e historietas». Sospecho que nuestros comunes lectores no sorportarían las réplicas y contrarréplicas que Aranguren y yo pudiésemos intercambiar. Porque lo malo del papel de Aranguren, en cuando a propuesta de discusión, es que ha sido escrito «de mal talante», y valga el modismo, que acude a la punta de mi pluma sin ninguna malicia. Cuando se escribe «de mal talante», no es nada infrecuente que se profiera algún dislate y, lo que es peor, que se atribuyan al prójimo dislates que éste no dijo. Esto aparte, debo dejar constancia de mi sorpresa ante ciertas insinuaciones de Aranguren que las circunstancias —patentes— me impiden satisfacer como vendría. «Hic et nunc», Aranguren siempre podrá decir «más» que yo, sobre todo lo divino y lo humano. Y eso del «poder decir» me ha llegado al alma. Entiendo que, al concederme el elogio —irónico, naturalmente— de que yo soy «capaz de decir» (¿de «publicar»? «lo que de ninguna manera se puede decir», pone el dedo en la llaga. Deduzco que, según Aranguren, hay cosas que «no se pueden decir»: y «de ninguna manera», por lo demás. Poco «liberal» me parece el detalle. Obliga a pensar que, si un día Aranguren tiene la sartén por el mango, en estas latitudes ni siquiera se nos toleraría un juicio —equivocado o no— medianamente libre relacionado con Castro, con Unamuno, con Ortega... Desearía equivocarme, claro. — J. F.

N. de la R. — Suponemos que en la frase con que José Luis L. Aranguren terminaba su artículo había más bien algo así como una resonancia de la afirmación que se encuentra al final del «Tractatus» de Ludwig Wittgenstein: «Lo que no se puede decir, se debe callar.» Ahí, naturalmente, el no poder decir no tiene que ver con cuestiones de situación político-sociales, de censura, etcétera. Por lo demás, confiamos en que nuestros dos queridos y admirados colaboradores renunciarán gustosos a prolongar sus alusiones polémicas.

**IMIT - HISPANIA, S.A.**

Calle Quintana, 7-9 - Tel. 3710389 - ESPLUGAS DE LLOBREGAT (Barcelona)

TERMOSTATOS PARA TODAS LAS APLICACIONES:

- \* TERMOS ELECTRICOS, TERMOS A GAS, MOLDEOS, LAVADORAS AUTOMATICAS, LAVAVAJILLAS, FREIDORAS, HORNOS, CALEFACCION, AMBIENTE, ACONDICIONAMIENTO DE AIRE, ETC. ETC.
- \* VALVULAS TERMOSTATICAS PARA ESTUFAS Y CALDERAS A GAS, TERMOS DE ACUMULACION, ETC. ETC.
- \* TELETERMOMETROS A BULBO PARA CALDERAS
- \* TERMOMETROS A SONDA RIGIDA
- \* APARATOS CIENTIFICOS ELECTROMEDICALES
- \* ESTUDIO TECNICO Y SERVICIOS DE LABORATORIO GRATUITO PARA PRUEBAS, ENSAYOS, ETC.

HOMOLOGACIONES INTERNACIONALES:

DEMKO (Danesa), T.P.S.E.V. (Suiza), W.S.E. (Austriaca) SEMKO (Sueca) V.D.E. (Alemana), INSTITUTO ITALIANO DEL MARCHIO DI QUALITA (Italiano).

LA GAMA MAS COMPLETA DE TERMOSTATOS EN ESPAÑA

**¡EVITE SER CALVO! ¡CONSULTENOS!** INST. CAPILAR INTERNACIONAL

VIGORICE SU CABELLO  
TAMBIEN USTED, SEÑORA



La primera y más grande organización Internacional. 60 sucursales. Fórmulas y productos exclusivos registrados. Nuestros Institutos han sido muchas veces imitados pero nunca logrados.

El nuevo tratamiento de higiene capilar I.C. Internacional-Akers combinado, que le ofrece esta oportunidad, constituye un gran avance en el campo de la ciencia cosmética aplicada a restablecer las condiciones normales de crecimiento del cabello.

INSTITUTOS EN ESPAÑA

Barcelona: Avda. José Antonio, 634-10.ª C - Tels. 231.67.32-231.70.82-Madrid: Tel. 247.27.55

Valencia: Tel. 21.22.47-Bilbao: Tel. 21.93.99-Sevilla: Tel. 22.82.94

Consultas: lun. a vier. 10 a 20 h. Sáb. 10 a 18 h.

Para personas que residan fuera

Dir.: M. Píera E. Hernández - Dir. Médica: Dr. Martí Tarré

C.P.S. 175

FABRICA  
DE JOYERIA  
Y PLATERIA

**ORIOLO**

PASEO DE GRACIA, 7 pral.